

Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad



Tal vez por eso no mostró nunca interés — aunque ni doña Consola ni la hermana lo mencionan — por saber quién había sido, nada más por poner un ejemplo, un tal don Heliodoro al que no era posible no acudir mentalmente al referirse a la habitación de la enferma, grande, con balcones y muebles de madera maciza y oscura y cama con dosel, una hermosura de habitación, en suma, la mejor al parecer de la casa de aquel señor se decía que muy rico y de apellido extranjero que vivía al otro lado del parque y, como no se relacionaba con nadie y se sabía poquísimo de él, resultaba un terreno maravillosamente abonado para — si quien

le echaba el ojo era persona práctica con alma de agricultor — plantar suposiciones que arraigaban sin sentir y «serán la envidia, ya lo veréis, de todos cuantos hasta la fecha no han tenido agallas para aventurar ni la más pueril de las hipótesis», o un campo amplísimo, una extensa pradera en la que se podría — caso de que cayera en manos o en mientes de algún zángano o vago o desocupado u holgazán — dar rienda suelta a la birlocha de una imaginación multicolor y multiforme que se elevaría en el cielo azul grácil y airosa o, por poner otro ejemplo — como cosa excepcional, hay que decirlo, habida cuenta de que los segundos ejemplos se solían reservar para ocasiones muy señaladas o casos de extrema necesidad —, quién la había casado a ella con un tipo como papá.

Porque papá, tal vez por aquello de la complementariedad aunque por supuesto al buen tuntún y sin querer porque la psicología era una de las tantas materias en que andábamos peces, era otra cosa; entendiéndose por cosa “cosa”, propiamente y en toda la extensión de la palabra habida cuenta de que papá era, entre nosotros, algo muy similar al paragüero o, con mayor exactitud y dada su corpulencia, al enorme buda de granito y sonrisa imperturbable que llevaba [sentado en el jardín](#) - éste sí recoleto y alfombrado - sobre un pedestal de lo mismo con leyenda en relieve, que nunca leímos nadie porque aparte de estar en otro idioma no se veían las letras tan erosionadas por la lluvia y el viento, un par de siglos o tres.

– Porque la casa — siempre tenía que haber alguien que lo explicase pero, si Purificación no estaba o no quería esa tarde entrar por lo que fuese,

Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad

podía hacerlo cualquiera puesto que era algo que sabía todo el mundo — era antiquísima y había pertenecido a otras gentes.

Papá, en cambio, siempre había sido nuestro — y esto, que también tenía inexcusablemente que haber alguien que lo explicase aunque no era forzoso que fuese el mismo alguien anterior, comportaba el compromiso implícito de apostillar «de la familia, del entorno, quiero decir» que Purificación solía pasar por alto al objeto, aducía al ser amonestada, de no interferir en el ritmo al que debían sucederse los acontecimientos —, una especie de presencia de la que tan pronto íbamos alcanzando el uso de razón empezábamos a ser vaga, muy vagamente conscientes y a intuir que estaba en algún lugar...que no era el jardín, ¡Dios nos librase!, porque por alguna suerte de agorafobia o algo muy similar que lo aquejaba desde la infancia aborreció siempre los espacios abiertos, en general, y...debería decirse, «nuestro jardín, en particular», pero jamás se dijo porque por qué hacer algo tan incongruente, ¿eh?, ¿sólo por fastidiar?; y por fastidiar era del todo impensable porque, a papá, literalmente, se le adoraba.

Sí, se le idolatraba; se le rendía culto y se le obsequiaba con ofrendas que eran depositadas con devoción a la puerta de lo que en un principio se llamase cuartillo del lavadero y luego se denominó sucesivamente y en función de las necesidades que el momento impusiera con nombres que iban, de boca en boca, desde “[el oratorio de la abuela](#)” con su reclinatorio de terciopelo rojo y sus hornacinas con mártires y vírgenes hasta “la sala de juntas”, en la que se reunían el abuelo y sus amigos después de comer, para la partida, enfrascándose tanto aquí y allí en el juego y las salves que no se enteraban de qué se les estaba hablando y había que repetirlos — los nombres, sí; y hasta a veces también los caminos a los que con frecuencia se perdían en la casa tan grande — varias veces, gritando incluso procurando no hacer ruido y susurrando en aras de una paz y un bienestar domésticos que se verían muy alterados si llegaban a oídos de Quiteria nuestros ires y venires por el pasillo, a altas horas de la noche — que se despertaría sobresaltada y la emprendería con cualquiera de las peroratas que, a modo de letanías, recitaba siempre en el mismo orden y a voz en cuello — o, ya de día, a conocimiento de Fuensanta que habíamos estado hurgando en la basura.

Pero nadie imagine que nada más le llevábamos trozos mordisqueados de sándwiches mohosos o peladuras de patata y manzanas podridas. También elegíamos para él moscas muertas, cagarrutas fresquísimas y hasta, una vez, un trocito de gasa impregnado de pus del

Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad

divieso que a uno de los chiquillos del tuerto, el de la chatarrería, le salió en el culo.

A él le hacían una ilusión tremenda estos presentes y, allí, en el cuartillo del lavadero elevado a la categoría de laboratorio a media voz o a berrido limpio, se pasaba las horas y los días y las semanas y los meses y los... Todo, en fin, cuanto quepa imaginar; la totalidad de su tiempo en resumen, estudiando, escrutando, analizando, ajeno al resto de un mundo que le era por completo extraño e ignoraba sin pasión ni encono, amablemente se podría decir incluso o esa era al menos la impresión que daba, o la que le daba en concreto a Fuensanta cuando al entrar cada mañana en el pequeño habitáculo provista de su fregona y su zotal le dedicaba él, papá, una sonrisa absorta y [la invitaba a deleitarse con la contemplación de tal o cual nemoptérico](#); goce que Fuensanta solía rehusar con aspavientos exagerados y protestas bastante más ásperas de lo que estaría correspondiendo en puridad a una fámula de las de toda la vida, a [cualquiera de la infinidad de criadas](#) que habrían hecho por qué no un papel buenísimo pero Genoveva rechazó bajo pretextos tan pueriles como que cuando papá dijese "nemoptérico" no iban a saber ellas adonde exactamente tenían que mirar o que, en caso de acertar ya que entre las candidatas había algunas que habían sacado sobresaliente en ciencias naturales, se pusieran completamente histéricas y a pegar saltos y proferir gritos.

Pero temerosa esta vez, supuse — aunque esto quizá no lo sepan las Fuenfría — de que volviera yo "el escritor" a tergiversar sus palabras sin quererlo, no dijo tanto sino que después de lo de las pastillas de siempre se calló, como siempre, porque papá tenía razón — dijo — y «esto es nada más el principio» de modo que no convenía quemarse y sí hacer acopio de energía para ir cubriendo las etapas que el propio camino fuese deparando; [así que se quedó](#) ahí sentada, esperando un ratito corto primero y más largo a medida que iba cayendo la oscuridad y avanzando una noche que, por alguna razón incomprensible pero sin la menor duda de enorme peso, no terminaba de cerrarse del todo por más que los técnicos repasaron resortes, y desmontaron y volvieron a montar cerraduras, y sellaron orificios y grietas y antiquísimos conductos que, si estaban ahí, pues por algo sería, sí, pero que aspasen al que tuviese pajolera idea de cuantísimos lustros no haría que habían sido clausurados.

¿Había ocurrido algo semejante alguna vez?

Nadie sabía.

Transgresiones de la sensibilidad

Sin hacerse, jamás, preguntas que pudieran ser respondidas con una obviedad

No se podía negar sin embargo que, a unos oídos más que a otros, habían ido llegando fragmentos de leyendas transmitidas de generación en generación, como se deben transmitir las leyendas, pero en un estado de conservación tan lamentable y relatados en lenguas tan diversas y por voces a veces tan gangosas y quebradas de abuelos venerables al amor de la lumbre de chimeneas, que a ver quién era el guapo que sabía recomponerlas, despojarlas de tantas capas de invención a que se vieron sometidas a lo largo de los siglos y, desnudas y en su toda puridad, mostrarlas ante sus asombrados congéneres.

El guapo no podía ser otro, en opinión de lo más granado de la juventud femenina aún casadera e incluso de las solteronas más definitivamente perdidas para la causa — y con una ventaja que dejaba a Ovidio, pese a que también tenía su público porque como decía doña Loreto siempre habrá un roto para un descosido, a la altura del betún —, que el primo Diorante si se tenía en cuenta, *como muy bien debería tenerse* y si no la teníamos que nos atuviésemos a las consecuencias *y no me vengáis después con lloros ni las madres respectivas con reclamaciones*, que el guapo, pero guapo guapo de verdad y con el traje a medida aunque, sí, también era verdad, bastante más antipático, era el chico de los granos, que era tan bueno y tenía una voz tan bien timbrada que se quedaba todo el mundo embelesado escuchándolo hasta el punto de que nos olvidábamos, no ya sólo de los granos y un poco de chepa que tenía, sino del ojo que tenía torcido pero, aquella tarde precisamente, avisó que no podía venir porque tenía cita para que le ajustasen la pierna ortopédica.